

LA VIDA GALANTE

Revista semanal ilustrada

Director: EDUARDO ZAMACOIS

Administrador: RAMÓN S. LÓPEZ



DESPERTAR

...Se había dormido profundamente, destrozada por los excesos febriles de una noche de amor: cuando abrió los párpados, él ya no estaba.... El lecho mullido vacaba un perfume enervante; en el ambiente tibio de la estancia flotaba algo soñoliento que pesaba sobre los párpados... Entonces recordó el hartazgo delicioso de aquella noche, y sonrió convencida de que el nuevo día sería tan fecundo en felicidades como el anterior. Vivir para el placer, darse por entero á la suprema satisfacción de amar y ser amada; hoy como ayer, mañana como hoy y.... ¡siempre igual!....



15 CÉNTIMOS



No hay nada tan triste como los aniversarios, sea cual fuere la índole del suceso que conmemoremos: si fausto, porque echamos de menos los placeres del año perdido; si desagradable, porque recordamos lo que entonces sufrimos, los afanes, los desengaños, los errores y toda esa máquina y laberinto de episodios que van derramando sobre nuestra historia las hieles del desencanto.

Los jóvenes, como no tienen historia, ignoran lo que es esto, pero los que ya vamos siendo viejos sabemos, en virtud de una experiencia harto melancólica, que la memoria y los recuerdos son los verdugos de la ancianidad.

*¡Ay, de aquel que solo vive en lo pasado!
¡Ay de aquel que su alma nutre en su pesar!...
Las horas que huyeron llamará angustiado,
las horas que huyeron y no volverán....*

Yo... (¿por qué no decirlo cuando parece que los años autorizan á todo?...). Yo... he vivido muy deprisa, gocé hasta la hartura de cuantos divertimientos apeteció mi deseo, y arrojé la fruta prohibida cuando ya había extrujado todo el dulce jugo del bagazo. Esto hace que tenga muchos recuerdos y que en mi vejez haya numerosos aniversarios, y que siempre esté diciendo: — Quince años, veinte años atrás, tal día como hoy, me sucedió....

Es un cuento interminable; bagaje inútil de mi juventud que me acompaña á todas partes como compar-sa vocinglera de polichinelas bufones, recordándome mi antiguo poder, mi debilidad presente y mofándose del temblor que ahora agita mis manos enflaquecidas....

De aquí procede el que yo estime al mundo de muy distinto modo á como lo consideran los jóvenes. Todos se apuran por el presente; la presunción humana es tan grande que cada cual cree que sus alegrías ó sus dolores afectan también á la humanidad y que hasta la armonía del universo depende de su deseo ó de sus oraciones. Hay momentos, (y lo afirmo rotundamente porque son arrebatos que yo también he sentido) en que creemos que han de desgajarse las estrellas del firmamento sino conseguimos ejecutar tal á cual propósito.... ¿No es cierto?... Y al día siguiente nos admiramos de ver que el cosmos prosigue impassible su camino, sin preocuparse de nuestra infinitesimal pequenez.

Quien no me comprenda no ha sido joven nunca, aunque solo cuente veinte años; su corazón es insensible, inepto, como semilla revegida y estéril.

A propósito de todo esto voy á referir un episodio que me ocurrió en los primeros días de un mes de Diciembre de hace treinta años, y que es lo que me ha sugerido las reflexiones precedentes.

*
*
*

Entonces mantenía yo relaciones honestas con una

muchacha de El Viso, pueblo famoso en toda la provincia de Sevilla por la gentileza y peregrina arrogancia de su mujerío.

El loco capricho que Bernarda supo encender en mí no es para descrito, porque ni aún elevando al cubo las hipóboles más extremadas del estilo andaluz, podría expresarse la mitad de lo que aquella flechadora niña, esencia de la sal, cogollo de la belleza y remate de lo bueno, me hizo amar y sufrir. No sólo me volvía turulato con sus ojos negrísimos de matadora, los hechizos de sus labios reideros y los lujuriantes incentivos de su recio y bien cumplido aparejo, sino que á estas perfecciones físicas unía el garabato de su conversación amena y chispeante como la de ninguna otra mujer. Esto, sumado á las dificultades de verla despacio y á solas puso en mí tal grado de furiosa afición, que no sé adonde hubiese ido á parar si Bernarda no hubiera dado vado á mi deseo concediéndome lo que durante mucho tiempo pretendí inútilmente: una cita en el huerto de su casa; una ocasión para hablar mano á mano y sin rejas ni testigos importunos que imposibilitasen las íntimas deleitosas explosiones de la pasión.

La noche en que me hizo tan dulce promesa, no conseguí dormir; al día siguiente anduve tan embebecido en mis meditaciones que no supe decir cosa con cosa ni hacer nada de provecho, y en cuanto se puso el sol empecé á sentir en los pies tal comezón de andar, que salí del pueblo y después de entretenerme dando vueltas por el campo, tomé un caminito de herradura que llevaba á la parte posterior del cortijo en que Bernarda vivía.

¿Cómo recuerdo aquellas impresiones!.... El tiempo era hermoso: en el cenit, acribillado de puntos luminosos, distinguía perfectamente las constelaciones que llaman Arado y Carro; el viento soplaba sacudiendo las hojas amarillentas de los álamos plantados al borde del sendero; yo caminaba deprisa, envuelto en mi manta y con un sombrero muy tendido de falda echado sobre la cara; de vez en cuando volvía la cabeza temiendo ser expiado, y luego continuaba avanzando, asustándome del ruido de mis propios pasos: al fin divisé la pared de la huerta adonde me dirigía, blanqueando entre los árboles á la luz de la luna. En tales momentos me hallé poseído de una excitación indescribible; tenía calor, frío, miedo.... miedo de que ella no cumplierse lo ofrecido, y de que lo cumplierse; la deseaba y la temía, pareciéndome que era imposible que una ventura tan máxima no fuese seguida de una gran desgracia.... ¿Qué sé yo!....

Declaro sin rebozo ni empacho que estuve tentado de volverme, y que el último trozo del camino no lo recorrí por mi voluntad, sino impelido por una fuerza más poderosa que yo. Llegué.... en aquel momento creía que toda la Creación estaba pendiente de mí; allá lejos resonaban los ladridos de algunos perros vigilantes: pasaron varios minutos monótonos, interminables, como eternidades... Después se abrió la puercecilla de la huerta y ví á Bernarda que, cogiéndome de una mano, me arrastró hacia dentro. Aún no se han borrado de mi espíritu ninguno de los incidentes de aquella escena memorable. Bernarda me llevaba y yo la seguía, deslizándonos sigilosamente bajo la sombra de los árboles: más allá nos sentamos en una hondonada, el uno muy cerca del otro, como para infundirnos fortaleza y calor.... Hasta que insensiblemente me fui olvidando del peligro para solo pensar en la mujer codiciada.

Anoche dí un paseo por la falda de Monjuich, á la vista del mar, y no sé por qué, recordé el amoroso episodio precitado.

—Hace treinta años que en este mismo día y á esta misma hora....—pensé.

Me vi como entonces era: muchacho enamorado y de arrestos, saliendo de El Viso envuelto en mi manta y con el sombrero guadifeño muy echado á la cara.... Levanté los ojos: el tiempo era espléndido; la luna ascendía lentamente y su luz lechosa empenachaba de plata las crestas de las olas; el cielo aparecía acribillado de puntos luminosos; el Arado y el Carro se distinguían perfectamente; el viento soplaban suave y en las sombras de la noche se perfilaban algunas manchas blancuzcas....; allá lejos ladraban los perros.... En los cielos la misma tranquilidad, en la tierra el mismo sosiego....

¿Qué ha sido de Bernarda?... Si no ha muerto estará avellanada y fea, y como yo, vieja y desvalida. No es el mundo el que pasa, somos nosotros los que huímos para no volver.

¿Quién no tiene en su historia algo semejante á lo

PESADILLA HORRIBLE



(Don Valentín, que se acostó con una borrachera fenomenal, se despertó á media noche exclamando:)

—¡Cielos!.... ¡Bien decía yo que anoche no me acordé de quitarme las botas!...

que acabo de referir?... Antes yo era joven, como las personas que me rodeaban; ahora todos somos viejos. ¿Qué ha pasado?....

La vida es corta, gocémosla; gocemos, sí, en la seguridad de que ni nuestros placeres ni nuestros pesares importan á nadie, y amemos sin tasa; que sólo así, al emprender el último viaje, tendremos la inefable satisfacción de decir como Byron, moribundo:

—«Si volviese á nacer, haría lo mismo que he hecho»....

Juan de MAÑARA

HOMBRE PREVENIDO....

(DIÁLOGO)

—Ha dado á luz doña Inés, la esposa de Cuzcurrita.
—¿Es de veras?... ¿Niña ó niño?
—Creo que ha sido una chiquilla.
—¿Y cuándo?

—Anoche.

—¡Hola! ¡Hola!....

¿La madre, buena?

—Buenísima.

Como su doncella.

—¿Qué?

—Que su doncella Casilda dió á luz anteayer.

—¿También?

¡Canario! Todo se explica ...

¡Vaya un hombre previsor!

—¿Cómo previsor?

—¿No atina?

Sabiendo que su señora necesitaba nodriza....

—¡No siga usted.... es verdad!

¡El demonio es Cuzcurrita!

E. Navarro GONZALVO



RÁPIDA

[CONSEJOS]

....¡El champagne!.... ¡Esencia del néctar consolador! ¡Lluvia benéfica que reanima los sentidos! Pocas cosas pueden existir, si hay alguna, superiores á los buenos vinos. En contra de esto pueden predicar cuanto quieran, puesto que todos los sermones resultarán estériles. Honremos hoy á Baco, al amor y á la alegría, que siempre nos queda el mañana para acudir al sermón ó á la botica. El hombre, por juicioso que sea, necesita embriagarse: los momentos de la embriaguez son los mejores de la vida.

La gloria, el vino, el amor y el dinero, son los puntos en donde se confunden las esperanzas de todos los hombres y de todos los pueblos. Ved en ellos el jugo del árbol de la vida: sin él sus ramas, tan fértiles á veces, quedarían secas y marchitas. Así, pues, os lo repito: bebed hasta la embriaguez, y si despertáis con dolor de cabeza, haced lo siguiente:

Tirad de la campanilla y mandad á vuestro criado por vino del Rhin y agua de sosa. Experimentaréis entonces un placer digno de Jérges, el gran rey. Ni el sorbete exquisito, ni la deliciosa espuma del vino de pastres, ni el purpúreo chorro del Borgoña, después de las fatigas de un viaje, del fastidio, del amor ó de una batalla, son comparables á la bebida divina que resulta de la fusión del agua de sosa con el vino del Rhin.

Lord BYRON

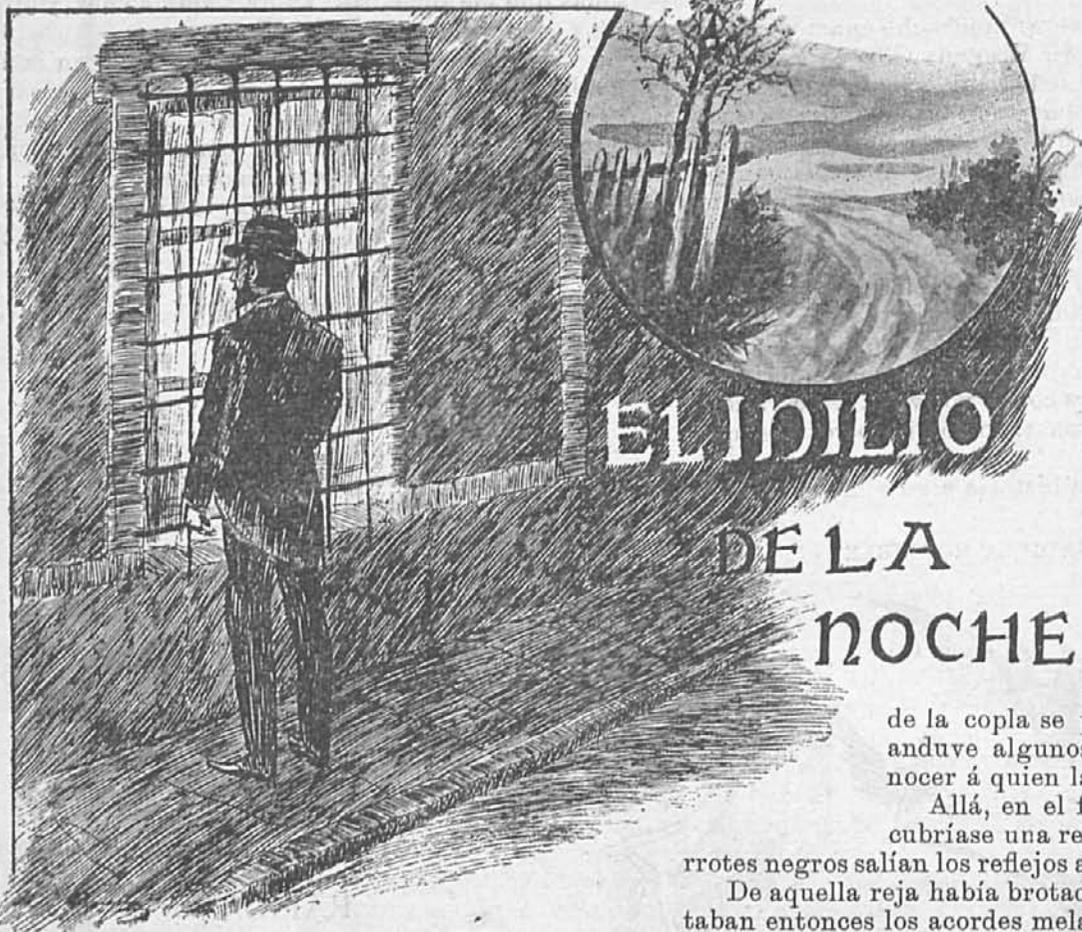
LA VIDA

Lucha es la vida y del dolor recibe sello indeleble al ver la luz primera, y si un goce se ofrece en su carrera, con más fuerza el dolor luego revive.

Vivir sin esperar, no se concibe; esperar sin amar, locura fuera; amar y no sufrir, ¡vana quimera! que sufrir es amar, y el que ama, vive.

Amar y padecer.... eso es la vida; esperanzas ayer, hoy decepciones, la risa al llanto estrechamente unida, sombras el alma, y dudas y confusiones; el mal y el bien en lucha fratricida y encendido el volcán de las pasiones.

Ernesto de la GUARDIA



Al finalizar aquel crepúsculo de fuego durante el cual el sol, convertido en inmensa hoguera, arrojaba sobre el horizonte llamaradas de luz y teñía de rojo las fachadas de los edificios, las ramas de los árboles y la hierba de los paseos, anchas nubes de color gris se extendieron por el espacio, aumentando el bochorno, haciendo más sofocante la temperatura, como si en ellas se condensaran y fundieran el vaho caliente que salía de la tierra abrasada y el humo del incendio que amenazaba consumir el infinito. Vino la noche y dijérase que aún no se había puesto el sol, que aún no se había extinguido la enorme hoguera, que después de arrastarlo todo con sus llamas, de convertirse en montón de brasas cubiertas por las cenizas de la catástrofe, ardía en un rincón del cielo á manera de humeante rescoldo que no acaba de extinguirse nunca, y daba señales de existencia rasgando las nubes con relámpagos cárdenos y con trepidaciones sordas.

Así fueron pasando las horas y llegaron las primeras de la madrugada, sin que una ráfaga de aire puro viniese á refrescar la tierra, á sacudir las hojas inmóviles de los árboles, á introducirse en el fondo oscuro de las casas dormidas, que abrían de par en par, para recoger el oxígeno de la atmósfera, sus anchas bocas de madera y de vidrio. Era aquel un amodorramiento sombrío, una quietud de asfixia, el sueño profundo de una ciudad aletargada por el calor y rendida por el cansancio.

Yo, tan falto de sueño, como codicioso de frescura, recorría las calles del aquel barrio desierto. Iba de paseo conmigo mismo, disfrutando de esa soledad acompañada, de esa conversación muda de uno con uno mismo, conversación llena de tristezas y de alegrías, porque conversa uno con sus recuerdos y con sus esperanzas. Así iba yo, abstraído en mí propio, haciendo

una excursión por los interiores de mi alma y perdiéndome en ella hasta el punto de olvidar cuanto fuera de ella existía. Y así hubiera continuado mucho tiempo, si una voz de mujer, fresca, vibrante, bien timbrada, no hubiese metido por mis oídos esta copla que llegó á mi espíritu y le hizo avanzar hacia fuera como hace avanzar al soldado hasta la puerta de su tienda el toque agudo del clarín:

Dame un beso con tus
(labios,
con tus labios de corales,
y ríete de las penas,
y deja que vengan males.

La última frase de la copla se perdió en el aire, y yo anduve algunos pasos, deseoso de conocer á quien la cantaba.

Allá, en el fondo de la calle, descubríase una reja, por entre cuyos barrotes negros salían los reflejos amarillentos de una luz.

De aquella reja había brotado la copla, de ella brotaban entonces los acordes melancólicos de una guitarra. Seguí avanzando; llegué frente á la reja, y cuando mis ojos penetraron por ella retrocedí con asombro....

Nada más inesperado, más triste que el marco donde se desarrollaba aquella melodía hecha para sonar á la puerta del cortijo andaluz, bajo el toldo verde de la parra, entre el canto de los ruiseñores, el perfume de los jazmines y la alegría majestuosa de un cielo cubierto de estrellas.

Era la que yo tenía delante de mí una habitación ancha, destartalada, irregular; la luz de un quinqué que ardía sobre una escalerilla portátil de cinco peldaños, no bastaba á iluminarla por completo; fuera parte del espacio más próximo al quinqué, era difícil distinguir con perfecta claridad los objetos.

Ni sillas, ni mesas, ni adornos de ninguna especie existían allí; un banco de aserrar en el centro; algunas escaleras portátiles esparcidas aquí y allá; una puertecilla á la derecha, y á lo largo de las paredes dos inmensas estanterías de madera que se alargaban hasta el fondo oscuro de la sala. Sobre aquellos estantes, simétricamente alineados, en correcta formación como si asistiesen á una gran parada, veíanse unos como cajones entrelargos, blancos éstos, negros aquéllos; con adornos de oro los unos, con galones de plata los otros; algunos relucían despidiendo reflejos metálicos.... Eran ataúdes. Mis ojos miraban la recámara de un establecimiento de pompas fúnebres, de una expendeduría de vehículos para el otro mundo.

Y en aquella habitación, en aquella antesala de la muerte, iluminados por los reflejos amarillos del quinqué, sentados uno cerca del otro, estaban una mujer y un hombre; el hombre en mangas de camisa, entreabierto la pechera para descubrir el pecho musculoso; una pierna encima de la otra, la guitarra descansando entre las piernas, y las manos arrancando á las cuerdas de la guitarra notas dulces, acordes llenos de ter-

nura y de pasión; la mujer con el cuerpo echado hacia atrás, los negros ojos clavados en el techo, la garganta escorzada, las manos caídas á lo largo del cuerpo, y la azulada cabellera desgredándose sobre los hombros; él la miraba con mirada de amor, y ella entreabría la boca, como si aún retuviera en ella la última estrofa de la copla cantada, como si estuviera acariciando con sus labios la primera palabra de la copla que estaba dispuesta á cantar.

Debían ser marido y mujer, y formaban un grupo encantador: jóvenes, sanos, alegres, contemplándose el uno en los ojos del otro, velando sus amores á la luz del quinqué, disfrutando de su juventud y de su cariño en aquella noche calurosa de Julio.

Yo continuaba mirándoles, sin darme cuenta exacta de la impresión que tan extraño cuadro producía en mí, cuando sonaron en la calles pasos precipitados; un hombre la cruzó, llegó á la puerta de la tienda, llamó con golpes presurosos y esperó un momento paseándose con impaciencia de un extremo á otro del edificio.

—Llaman—dijo la mujer.

—Sí; algún parroquiano—respondió el hombre.

Y dejando la guitarra en el suelo, empujó la puerrecilla que comunicaba con la tienda, y salió á abrir, volviendo á los pocos instantes.

—Es ahí al lado—dijo,—en el 23. Vuelvo en se guida.

—No tardes,—respondió ella.

El hombre se puso una americana, salió á la calle y pasó por delante de mí silbando entre dientes.

Yo permanecí delante de la reja contemplando á aquella muchacha, que seguía en la misma postura, con los ojos fijos en el techo, la boca entreabrada, la garganta escorzada, las manos unidas y el busto saliente, busto sensual y enérgico, que se alzaba y deprimía á impulsos de la respiración de la joven, agitando el lienzo de su chambrá color de rosa.

El hombre volvió á poco rato. Sonreía con aire satisfecho, como quien no ha perdido el tiempo.

—Buen negocio,—dijo mientras golpeaba cariñosamente las mejillas de su mujer.—Entierro de primera clase; ataúd de zinc; seis caballos; lacayos empolvados.... De estos caen pocos.

Ella le miró sin contestar, mientras él añadía:

—Y ahora, á acostarnos, que ya es tarde. Despertemos á los mozos y ellos lo irán preparando todo. No podemos quejarnos. Si siguen así nuestros asuntos, vamos á ser ricos.

—¿Y quién es el muerto?—preguntó ella.

—Una vieja que pesa lo menos ocho arrobas. ¡Puff! ¡Qué mal olía!....

Y rodeando con sus brazos la cintura de su mujer, la atrajo hacia sí y estampó en la carne fresca y sonrosada de sus mejillas un beso largo, vibrante, sonoro.

Y era hermoso el espectáculo que ofrecían los dos jóvenes, fuertes, amantes, esperanzados en el porvenir, abrazándose ante un senado de ataúdes, arrojando su dicha como un reto sobre aquellos artefactos fúnebres, sobre el recuerdo de aquel cadáver que olía tan mal.

Ellos representaban, ignorándolo acaso, en las tinieblas de la noche, en aquel sitio y en aquel instante, un idilio sublime, algo grande, consolador, eterno.

La vida y el amor triunfando de la tristeza y de la muerte.

JOAQUÍN DICENTA

COMPARACIÓN

(DE DUMAS, PADRE)

Una verdad encerrada en un sencillo aforismo: El matrimonio es lo mismo que fortaleza sitiada.

Así vemos combatir, luchando sin descansar, los de fuera por entrar, los de dentro por salir.

Felipe PÉREZ GONZÁLEZ

Cuentos ajenos

EL SOMBRERO NUEVO

Esos mimados de la fortuna que compran mensualmente un sombrero, no logran nunca tener un sombrero nuevo. La razón de este fenómeno es obvia: esos caballeros no tienen sombreros viejos, y es indiscutible que para tener un sombrero nuevo es necesario tener uno viejo.



IO Y JÚPITER

Casi todo el interés con que ha pasado á la posteridad la historia de los amores entre Io y Júpiter, depende del cuadro de Antonio Allegri Correggio, famosísimo pintor italiano de fines del siglo xv y padre de la escuela lombarda.

El lienzo de Correggio tiene, aparte de su inimitable belleza plástica, otros méritos ocultos que sólo pueden conocerse y aquilatarse mediante un minucioso examen y que preconizan el atrevimiento, ciencia y refinada voluptuosidad del autor.

Io era hija de Inaco, rey de Argos, floreciente ciudad del Peloponeso y capital de la Argólida. De Io se enamoró perdidamente Júpiter, y después de muchas peripecias la convirtió en novilla, para librarla de las iras de la celosa Juno. Sus cálculos, no obstante, resultaron fallidos, porque habiéndose apercibido Juno del engaño, robó á la novilla y se la entregó al vigilante Argos, para que la custodiase. Más tarde Mercurio, por mandato de Júpiter, mató á Argos después de adormecerle con cierto venenoso unguento, y devolvió á la joven Io su pérdida libertad. Enterada Juno de lo sucedido y no pudiendo sobreponerse ni doblegar la voluntad de Júpiter omnipotente, se vengó de su rival enviándole un tábano que la atormentó cruelmente con sus picaduras. Io, no sabiendo cómo librarse de aquel implacable enemigo, empezó á correr á través de los bosques, loca de dolor, bramando, coceando, vagando desalada hasta arrojarse al mar. Después, algo más sosegada; volvió á tierra y llegó á las orillas del Nilo, en donde recobró su primitiva figura. Allí dió á luz á Epafo, hijo de Júpiter y fundador de Menfis, y á su muerte los egipcios la adoraron bajo el nombre de Isis.

Correggio representa á Io antes de ser metamorfoseada en novilla; cuando era virgen y se negaba á rendirse á los halagos de Júpiter, que para poseerla tuvo que disfrazarse de oso.

Repetimos que no hay ningún cuadro tan atrevido ni tan voluptuoso como éste, porque Correggio, que por el vigor de sus creaciones merece parangonarse con Miguel Angel y Zurbarán, ha sabido decirlo todo, embozando la desvergonzada osadía de su concepción en una pudorosa media tinta; y describir eso que los médicos llaman *mesoquismo*, ó exaltación del placer por el sufrimiento; síntoma de quitesenciada lujuria del cual hay numerosos ejemplos en los libros que tratan de las enfermedades amorosas, y del cual encontramos dejes preciosísimos en algunos cuadros de Rubens, de Tiziano, de Tintoretto y de Veronés, especialmente. El *mesoquismo* es una neurósis femenina; las mujeres capaces de sentir la voluptuosidad hasta ese extremo, gozan sufriendo las caricias demasiado fuertes del hombre amado.

Este sutil y depurado sentimiento es el que vivifica el lienzo



IO Y JÚPITER, por Correggio. (Museo de Berlín.)

admirable de Correggio. Io está sentada en la sumisa actitud de la mujer que se entrega; los brazos un poco levantados, los ojos entornados, la dulce boca entreabierta... Es una posesión completa, brutal... ¿Por quién?... En la obscuridad que llena el fondo del cuadro vaga la silueta borrosa del poseedor; en el talle cimbreante de Io se vé una garra formidable de oso encelado, que la oprime; más arriba, junto al rostro de la virgen, hay una mancha blanqueza, un perfil, un hocico hambriento...

El espectador avisado comprende que en aquel fondo tenebroso está todo; el macho, el deleite. El pincel de Correggio ha sido digno intérprete de la pasión de Júpiter; es imposible decir más, ni más discretamente.

Aunque solo haga veinticuatro horas que ha comprado usted el más flamante de los sombreros, si no ha conservado usted el otro para los días de lluvia, es imposible que diga usted al criado ó á la esposa ó á la.... que se encuentre más cerca:—«Dame el sombrero nuevo». Hay que decir modesta y sencillamente:—«Dame el sombrero».... Y decirlo sin énfasis, sin ostentación, sin añadir esa palabra *nuevo*, expresión exacta de un

orgullo legítimo: el orgullo del ciudadano que compra anualmente un sombrero. Además, este cambio anual de tapadera de cabeza de familia, es un acontecimiento en la casa.

El marido limpia el sombrero con la manga, sopla á contrapelo para saber si la seda es buena, lo ajusta á las rodillas y estira las piernas para arquear las alas, y lo presenta pomposamente á su mujer, diciendo:

—Mira, es de casa de Orsay. ¿Qué te parece?

—Me parece chiquitín y ridículo.

—¿Qué sabes tú?—responde el marido visiblemente contrariado:—las mujeres tenéis un gusto detestable para elegir las prendas varoniles.

—Es posible; pero, ¿a mí, qué me importa? Tú lo has de llevar....

El marido envuelve su compra en un papel, la guarda después en la sombrerera y ésta en un armario, sin añadir una palabra; á la oficina llevará el viejo. Pero una mañana dice á su esposa:

—Voy á casa de Dubief. Estaba por ponerme el sombrero nuevo, ¿eh?

—Si así te gustas más....

—Ni me gusto ni no me gusto.

—Pues, no te lo pongas.

—¿Crees que lo he comprado para hacer flanes?

—Pero, ¿qué quieres que te diga, hombre?

—Nada.

Y se marcha, con el sombrero nuevo, á visitar á Dubief. La señora queda pensativa un instante, y se asoma después al balcón, murmurando:—
¡Vaya una idea rara! Ponerse el sombrero nuevo: precisamente va á llover....

En efecto: empieza á llover á cántaros. Eduardito, (*nuestro marido*), se separa de Dubief en el *boulevard* del Temple. La calle de L'Arcade está tan lejos, que, para proteger el sombrero, Eduardo se refugia en un café hasta que cese la lluvia. Pero el aguacero no recibe la cesantía, y el hombre del sombrero nuevo empieza á fastidiarse, cuando héte aquí que entra un amigo en el café.

Partida de *piquet* y partida del amigo, después de ganar un *luis* á Eduardo.

Entre comer en el café y estropear la prenda, su propietario se decide por lo primero. La comida es detestable, pero le cuesta doce francos. Entretanto la criada de Eduardo dice á su ama:

—¿Quiere usted comer, señorita? Ya son las ocho; el señor no viene....

—A la mesa.

La mujer de Eduardo ha tenido durante todo el día esta idea fija:

—¿Para qué habrá llevado mi marido el sombrero nuevo con el tiempo que hace?

Y el tiempo continúa haciendo.... siempre lo mismo: llover.

Eduardo no quiere pasarse la vida en el café ni que el sombrero se le cale, y se resuelve á entrar en el teatro del Ambigú.—Allí—se dice—no gasto ni juego....

Pero paga la entrada, eso sí: cinco francos.

¡Las doce!... La señora está que la pueden ahogar con un cabello, y quiere enviar á la criada á la prefectura de policía. Eduardo puede haber sido víctima de cualquier accidente.... La criada afirma que es preferible aguardar un poco, y que el señorito no puede tardar....

En efecto, el señorito se presenta en su casa á la una, chorreando más agua que las mangas de riego. Aquel sombrero tan flamante, tan lustroso y de tan bonita forma, está convertido en un objeto indescriptible: parece el cadáver de un perro ahogado y flotando en la superficie del Sena.

A la salida del teatro no había coches, y Eduardo echó á correr pensando en que su mujer estaría inquieta: de modo que le cayó encima todo el chaparrón.

—¿Cómo vienes tan tarde?

—Hija, porque llovía y no quise que se me mojase el sombrero.

—¿Hasta qué hora has estado con Dubief?

—Hasta mediodía.

—¿Y dónde fuistes después?

—Al café.

—¿Y dónde has comido?

—En el *restaurant*.

—¿Y dónde has estado hasta ahora?

—En el teatro.

—Pues di que has querido darte un gran día. Ya me lo figuré cuando te ví poner el sombrero nuevo. Muchas gracias, hombre.

—¡El gran día!

He querido resguardar el sombrero, ni más ni menos.

—Haber tomado un coche.

—Tampoco quería gastar dinero.

—¿Comiste de balde?

—No; pero....

—No me digas una palabra. Te has puesto el sombrero nuevo para salir á derrochar dinero. ¡Está bien!

Más que el sombrero, lo que Eduardo se ha puesto son las botas. Desde entonces, siempre que encuentra excesivos los gastos de su mujer, ésta le replica:



—¡Pero, serrana, qué elegante estás! ¡Vaya un corsé y unas enaguas de seda y un sombrero con pretensiones?... ¿De dónde has salido todo eso?

—Chico, ¿qué quieres?... Se me murió un tío y me nombró su heredera.

—Pues bien puedes decir ahora, que si un tío te perdió, otro te ha salvado.

—¿Sé yo, acaso, en qué gastaste cuarenta francos el día en que te pusiste el sombrero nuevo?

La comida está siempre fría y mal condimentada; la señora vuelve tarde de sus visitas ó de sus compras, ó de donde sea... porque él no lo sabe. Pero como abra la boca para quejarse, se la tapan con estas palabras:

—¿Me quejo yo cuando me haces pasar noches y días enteros con la mayor inquietud, como el día en que te pusiste el sombrero nuevo?

En otro tiempo, al apearse ella del coche en la esquina de su calle, después de... ¡vaya usted á saber!... La pobrecilla sentía remordimientos, y no ponía el pie en su casa sin decir por lo bajo: —¡Pobre Eduardo!

Ahora se encoje de hombros, y con el manguito delante de la boca, murmura:

—¡Bah! ¿Qué sé yo lo que él hizo el día en que se puso el sombrero nuevo?...

Julio NORIAC

¿CUÁL DE LOS TRES?

(RECUERDOS DE VIAJE)

El tren expreso que va desde Hendaya á París había salido de la estación, deslizándose lentamente sobre sus ruedas engrasadas.

En aquel departamento del coche iban dos hombres; un español y un inglés. El primero envuelto en una rica manta de vistosos colorines; amodorrado, soñoliento, procurando conciliar el sueño, bajo las alas de su sombrero cordobés; el otro, inmóvil y grave dentro de su gabán de pieles, con un rostro largo y seco que parecía grabado en boj. Cada cual ocupaba una ventanilla, y el matrimonio y el clérigo francés que acababan de subir, se sentaron del mismo lado, frente al español; el sacerdote se acomodó junto á Eugenia. Era pequeñín, regordete y colorado, como Carmelo Recio, (el marido), y tal vez escogió aquel sitio sin darse cuenta, obedeciendo inconscientemente á un sentimiento innato de simetría.

El tren, en tanto, corría con rapidez vertiginosa, devorando kilometros; la máquina silbaba y resoplaba furiosa, vomitando chispas que iban á extinguirse en las frías soledades de la noche; por las ventanillas del vagón se veían desfilan árboles, casas, manchas oscuras de cerros lejanos, praderas que parecían galopar hacia atrás engendrando al mortecino resplandor de la luna, perspectivas metalescentes que variaban á cada instante, multiplicándose, fundiéndose, corriendo unas en pos de otras, envueltas, perdidas, entre las columnas gironadas de humo arrojadas por la feroz locomotora; y tras aquellas planicies sobrevenían nuevas sombras enormes de cerros escarpados que avanzaban veloces, cual si el genio maléfico del caos los arrojase desde el horizonte sobre el tren; pero aquel choque horrísono que la vista fingía, no llegaba, y el tren proseguía su marcha mugiendo, soplando, haciendo crujir el maderamen de los vagones sacudidos con el insólito traqueteo de las ruedas que giraban enloquecidas bajo el peso del coche.

Apesar de aquel sacudimiento rítmico y continuo que llamaba al sueño, nadie dormía. Carmelo Recio miraba embelesado por el cristal de la ventanilla, lo poco que alcanzaba á verse de las campiñas fugitivas; Eugenia y el cura, por la posición que ocupaban, ni siquiera podían disfrutar de aquel divertimento, y estaban aburridos, sin saber qué empleo dar á sus ojos; el inglés, con el seco rostro encerrado entre dos patillas rubias, les miraba fijamente, con unos ojos duros,

insensibles al sueño... En cuanto al español, completamente despavilado, miraba á Eugenia, admirándola...

Aquilatando la belleza de su frente pequeñina é inquieta, sus ojos dulces de soñadora, su boquita risueña y zumbona, toda aquella feliz acopladura, en fin, de rasgos, que tan picante expresión imprimían al rostro juvenil de la muchacha; y su cutis, pálido, blanquísimo, que parecía traslucido visto al reflejo amarillento de la luz del coche, y entre los semblantes apopléticos de Carmelo Recio y del clérigo francés, cuya redonda fisonomía se destacaba entre la estolilla de su hábito y el respaldo del asiento, como un círculo rojo.

Y luego, admiraba la graciosa esbeltez del busto ceñido por un abrigo de color gris, y la actitud indolente de las manos, cruzadas sobre la falda; y descendiendo más aún, llegaba á los pies, pequeñines y coquetones, digno sostén de tan adorable escultura; piececitos bullidores que debían de tener fragancia propia, como las flores, y trascender á esencia refinada de nardo ó de claveles... y que le recordaron los de Itimad, aquella hermosa esclava querida del rey moro Al-Motamid; la cual, habiendo visto cómo dos mujeres amasaban barro con los pies para fabricar adobes, quiso imitarlas, y entonces el enamorado rey árabe, no queriendo oponerse á tal capricho y procurando al mismo tiempo conservar las bellezas de aquellos pies delicados que no estaban hechos para tan ruín empleo, mandó preparar en uno de los patios del Alcázar de Córdoba, un barro formado con pétalos de rosa, flores de almendro, mirra, canela, almizcle y otras especies olorosas; y, cuando todo estuvo dispuesto y preparado á su talante, llamó á Itimad y la dijo: «Ya puede descalzarse, para hacer adobes, mi amor»...



Mientras el viajero español esparcía su ánimo en aquellas poéticas imaginaciones, Eugenia también le miraba, seducida por esa atracción que la juventud y la belleza ejercen sobre los temperamentos impresionables: y sin apercibirse del gravísimo delito moral en que incurría abandonándose en aquel examen, se holgaba de encontrarle tan joven y tan guapo; únicamente creyó advertir al pronto, un cierto desaliño en su indumentaria....; ¡pero, mire usted por donde la gustaban á ella los hombres así, despreocupados!... Y continuando por la jabonosa pendiente que recorría, se atrevió á compararle con su Carmelo....

•Son las comparaciones siempre odiosas, siempre, y en el archivo de Simancas, si no me engaño, pienso haber leído que en el simíl perdió siempre el marido»....

La inocente Eugenia destrozaba al suyo comparándole con el gentil galán desconocido, y un dolor secreto la torturaba. Nunca la pareció el desventurado Carmelo Recio, tan pequeño, ni tan gordo, ni tan vulgarote, ni tan grasiento....

Ninguno de los circunstantes hablaba, malhumorados por el frío y el cansancio de un viaje tan largo; Recio y su mujer, el cura y el español, iban casi juntos, formando un grupo; en la otra ventanilla del coche iba el inglés, solo, inalterable, mirándoles con esa insolencia mortificante de las figuras de cera ó de los cortos de vista.

De pronto, el joven experimentó un deseo violentísimo de besar á Eugenia: pero en la boca, allí precisamente, en aquella boquirrita de labios finos, tan burloños y tan húmedos. Tal vez en la generación de aquel antojo repentino influyese el interés manifiesto con que la moza le miraba, ó simplemente la luz del coche que parpadeaba amenazando apagarse y ofreciéndole con ello ocasión excelente para ejecutar su pecaminoso pensamiento.

El tren llegaba á Burdeos á las cinco de la madrugada, pero la coyuntura tenía que presentarse antes, porque en aquella estación había cambio de trenes. Aún faltaban más de dos horas.... ¿resistiría la luz todo aquel tiempo sin apagarse?... El joven levantó la cabeza desesperado, para mirarla; Eugenia y el cura siguieron aquel movimiento cuyo significado entendían á medias, porque ya habían pensado en la aburrida probabilidad de quedarse á obscuras; pero nadie habló y continuaron como hasta allí, embozados en sus reflexiones.

Y pensando siempre el joven en el modo mejor de realizar impunemente su propósito, se atrevió á sonreír á Eugenia aprovechando las distracciones de Carmelo Recio á quien la fatiga iba adormilando; sonrisa provocativa y elocuente digna de un Antístenes, que ella tuvo la osadía de recompensar con una mirada.

Faltaban tres cuartos de hora para llegar á Burdeos, y el joven ya tenía resuelto el difícil problema de besar, sin peligros, á aquella mujer; pero necesitaba estar á obscuras y la bendita luz resistía aún.... El inglés continúaba imperturbable, con el frío semblante encerrado en el paréntesis de sus patillas rubias.

Los temblequeos de la luz eran más prolongados cada vez y más frecuentes: á ratos parecía extinguirse completamente, cuando el vagón experimentaba una sacudida más violenta; pero luego renacía impertinente, testaruda, cobrando fuerzas de sus últimas gotas de aceite. Pasó otra media hora y la feliz ocasión no se ofrecía: el tren iba sin retraso y llegaría á Burdeos á las cinco en punto; sólo faltaban ocho minutos.... Un parpadeo más prolongado de la luz, indicó que la llama había empezado á consumir el aceite de la me-

cha; algunos momentos más y todo habría concluído.... Pero, diríase que la locomotora tuvo conciencia de lo que en aquel departamento de primera sucedía, según la prisa que se daba en llegar.

De improviso, la luz se apagó.... é instantáneamente resonaron el amoroso crujir de un beso rápido, frenético, y el estallido de una bofetada terrible, relampagueante, que sonó como una pedrada en un espejo....

Era que el joven, mientras besaba á Eugenia, levantó el brazo y descargó su mano abierta sobre los abultados carrillos del clérigo francés, que respondieron con ese chasquido característico de la carne mollar.

Habían llegado á Burdeos y bajaron al andén.

Carmelo Recio, que lo había oído todo y creía á Eugenia autora de la bofetada, miraba á los tres hombres con ademán retador, no sabiendo con cuál de ellos encararse; el cura, apesar de la hinchazón que amenazaba la parte ofendida, no osó quejarse acobardado por los feroces ademanes del marido, á quien suponía autor de la agresión; el inglés les examinaba emocionado visiblemente por la novedad de la aventura, pero sin comprenderla; Eugenia, turulata, tampoco podía descifrar el enmarañado intríngulis de lo ocurrido....

Aquella escena duró un instante; los mozos de la estación iban y venían llevando baules y empujando á los viajeros, y cada cual se fué por su lado.... Y Carmelo Recio les vió alejarse, mientras él seguía á su mujer, furioso, cargado con sus maletas, preguntándose:

—¿Cuál de ellos habrá sido? ¿Cuál de los tres?....

Eduardo ZAMACOIS



¡Venganza, placer de Dioses!

—Señorito, deme usted la cuenta, firme usted mi salida en la cartilla y páselo usted bien. No quiero continuar en esta casa.

—Pero, muchacha, ¿qué arrebató es ese? Apenas hace quince días que estás á nuestro servicio y ya quieres dejarnos. ¿Por qué?

—Por nada.

—Esa no es razón. Algún motivo habrá y necesito saberlo. ¿Te trata mal mi señora?

—Al contrario.

—¿Comes mal, trabajas mucho?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué quieres marcharte?

—Pues, *miste*, señorito; que yo soy *mu honrrá*, aun-

que me esté mal el decirlo, y no me gustan ciertas cosas que veo.

—¿Cómo! ¿Qué es eso?... ¿Qué has visto tú?

—Ná....

—No puedes volverte atrás, ni salir de aquí sin cantar de plano. ¿Qué ocurre?

—Ocurre, que... la verdad, la señorita....

—¿Qué tienes que decir de mi mujer? Acaba.

—Todos los días, al poco rato de irse usted á la oficina, viene aquí un caballero.

—¿Un caballero?

—Un caballero alto, guapo, joven y muy bien vestido.

—¿Más guapo que yo?

—Sí, señor.

—¿Cáscaras!... Prosigue.

—Así que llega, se encierra la señorita en el tocador, y allí se pasan la tarde los dos solitos.

—Solitos, ¿eh?

—Y no se marcha hasta media hora antes de volver usted.

—¿Y qué hacen?

—Eso, averigüelo usted.

—O Vargas.

—¿Quién es Vargas.

—Un mal educado que siempre anda averiguando vidas ajenas. Pero, dime: ¿tú no has oído ninguna palabra, ningún ruido sospechoso? Habla claro.

—Pues más claro, agua.

—¿Y qué más?

—¿Más claro que el agua?... *Paece* usted tonto.

—Puede que lo sea. Y la señorita, no te ha dicho nada acerca de esas largas visitas?

—Sí, señor; me ha dicho que ese joven es un profesor que viene á enseñarle la lengua....

—¿La lengua?

—La lengua francesa.

—Siendo un profesor....

—Es que dos tardes en que usted ha venido algo más temprano que de costumbre, la señora le ha escondido hasta que ha vuelto usted á salir.

—Eso es más grave.... ¿Y, dónde le ha ocultado?

—En el retrete.

—¿Qué asco!

—Eso digo yo.

—Oye, vas á hacerme un favor. Es preciso que la señorita ignore nuestra conferencia. Mañana vendré á sorprenderles y te juro que mi venganza será terrible.

—¿Señorito, por Dios!....

—No temas: castigaré á los culpables y recompensaré espléndidamente tu buen comportamiento. A cuenta, toma un abrazo....

* * *

Al día siguiente don Cleto regresó á su casa mucho antes de la hora acostumbrada; la esposa infiel ocultó al amante, medio desmayado de miedo, en el precitado mal oliente escondrijo, y á don Cleto le bastó interrogar á la sirviente con los ojos para cerciorarse del sitio en que se asfixiaba la víctima.

—Voy á salir otra vez—dijo acariciando á su mujer la barbita;—pero antes voy á satisfacer una necesidad.

Ella se interpuso en su camino, anhelante.

—¿Vas al....?

—Sí.

—No, no vayas.... En la alcoba tienes....

—Ya sabes que no me gusta, déjame....

—¿Pero hombre!

—No seas tonta, mujer. Precisamente sólo voy á hacer lo que el respetable Ayuntamiento califica de «aguas menores»....

Ella se dejó caer anonadada sobre una silla, presintiendo la catástrofe: pero don Cleto no abrió la puerta del retrete, contentándose con entornarla lo absolutamente indispensable para ejecutar la operación. Después requirió el desorden de su traje, cerró la puerta herméticamente y dijo acercándose á su mujer y con el acento más bonachón del mundo:

—Ya sé que tienes escondido á tu amante en el retrete. ¡Bueno te lo he puesto! Adiós.

La señora dió un grito y se desmayó. El amante tuvo que comprarse un traje nuevo.

Después se supo por la portera que aquella tarde don Cleto bajaba las escaleras frotándose las manos con aire satisfecho y murmurando:

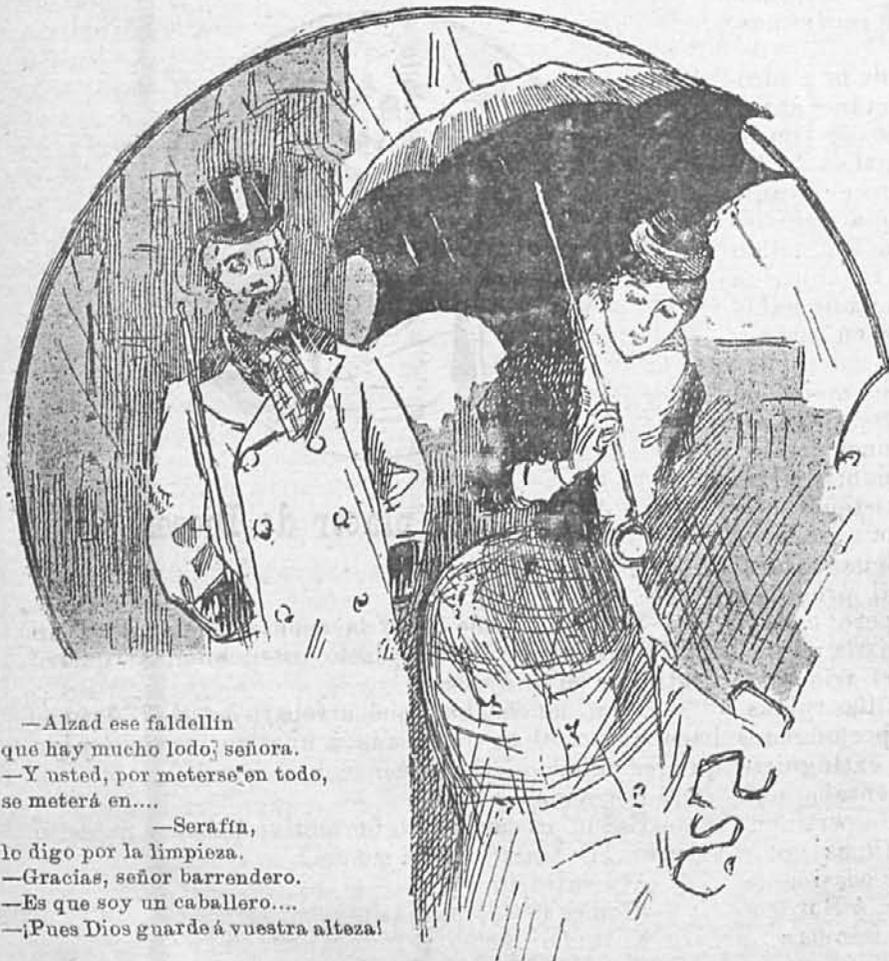
—¡La venganza.... el placer de los dioses!....

J. S.

LIBROS

Hemos recibido el nuevo libro que, con el título de *Baraja de Sonetos*, acaba de publicar el distinguido escritor Francisco de la Escalera.

Agradecemos mucho la atención.



—Alzad ese faldellín que hay mucho lodo, señora.

—Y usted, por meterse en todo, se meterá en....

—Serafín, lo digo por la limpieza.

—Gracias, señor barrendero.

—Es que soy un caballero....

—¡Pues Dios guarde á vuestra alteza!



Una hermosa viuda ha llegado al colmo de la pre-sunción casándose recientemente con un negro de los más negros... por creer que este es el color que más la favorece.

— Parece imposible que, siendo tan guapa, conti-núes vejatando en el cuerpo de coros.
 — Dicen que no tengo buena voz.
 — Mienten; tienes en ella mucha extensión.
 — ¿Hasta dónde cree usted que alcanzo?
 — Hasta un piso cuarto muy bonito.
 — ¡Ja, ja! señor marqués... Mi voz prefiere que-darse modestamente en un cuarto principal.

Quando mi suegra enfermó,
 mi amigo Joaquín Abad
 con su ciencia la salvó.
 ¡Desde entonces, lo que es yo,
 ya no creo en la amistad.

A un mancebo de botica
 tiene por novio Librada.
 ¡Ay, qué lástima de chica,
 tan jóven y amancebada!

Entre coquetas:
 — Estás ojerosa, Emilia; ¿qué tienes?
 — He pasado una noche infernal.
 — ¿De veras?
 — Soñando que Carolina había llevado un traje nuevo á los toros.

Un rey regaló á su favorito un libro lujosamente encuadernado que contenía doscientas páginas, en

EN EL BANQUETE



DESPUÉS



cada una de las cuales había pegado un billete de ban-co. Al día siguiente le preguntó si le había emocio-nado la lectura.

— ¡Ah, señor!—dijo el cortesano;—la historia es tan conmovedora y tiene un argumento tan interesan-te, que estoy deseando leer el segundo tomo.

El rey rió la ocurrencia y á los pocos días le envió otro tomo igual, pero en cuya cubierta se leía:

Fin del segundo y último tomo.

Borda, Juanita Legama
 su equipo, que con justicia
 á todos la atención llama;
 pues dicen que, aunque novicia,
 resultará una delicia
 su primer juego de cama.

Ulises BLANZEN

— Mira, niña, esto es intolerable. Tienes que decir-le á tu novio que acorte un poco sus visitas. Está en casa más tiempo que yo, y con un desembarazo que no me gusta.

— Pero, papá, si el pobrecito...

— Nada, nada; como continúe así voy á proponerle, que paguemos la casa á medias.

En una tertulia cursi llega el momento de bailar.

Un estudiante se acerca á una señora cincuentona (de esas de lunar y bigote), y la dice:

— ¿Tiene usted pareja?

— No, señor.

— Pues espere usted. Voy á traerla enseguida una.... de órden público.



Al pobre don Luís Camagro,
 que ya de hambriento no escribe,
 le dije:— ¿Usted, de qué vive?
 Y respondió:— ¡De milagro!

Quando un casado muere y va al Infierno,
 el guardián de la casa toca el cuerno.

Una orgullosa y linajuda señora otorgaba sus favo-res á un cómico á quien recibía casi todas las noches, y él llegó á tener tanta confianza, que un día se atre-vió á visitarla, sin preocuparse de lo que la servidum-bre pudiese murmurar.

La dama, irritada por tanto desparpajo, le pre-guntó con altanería:

— ¿Qué busca usted, caballero?

— Mi gorro de dormir,—repuso él sin inmutarse.

Si ves á una anciana ó á una niña en peligro de ahogarse, arrojate á salvarla, que puede ser tu madre ó tu hija. Si ves en el mismo caso á una mujer de tu edad, déjala, que puede ser la tuya. (*Máxima persa.*)

Una vieja muy fea da las gracias á un pintor que acaba de terminar su retrato.

— Es usted un artista excelente,—dice ella.

— ¡Oh, señora!—repuso el interpelado bajando los ojos ruborizado:—yo no soy más que un *pintamons*.

R. S. LÓPEZ, IMPRESOR.

Del estudio á la vicaria



La pobre Rosita, no pudiendo permitirse el lujo de pagar una modelo, tuvo que resignarse con su mala suerte poniendo desnuda por sí misma delante de un espejo.



Y en aquella ocupación y en semejante traza la sorprendió un guatemalteco archimillonario; quien, después de extasiarse ante las bellezas del cuadro, se lo compró á la gentil artista por cincuenta mil pesetas.



Después, el generoso ultramarino quiso aprender la pintura, y tras muchas angustias, enmiendas y raspaduras, sólo consiguió pintar un monigote disforme que parecía el retrato de un orangután.



Desesperado, al fin, de no conseguir su propósito, concluyó por casarse con Rosita y llevársela á Guatemala, para de este modo tener mujer, profesora y modelo, todo en una pieza.

● LA VIDA GALANTE ● Revista semanal ilustrada

RAMBLA, KIOSCO NÚM. 1.—BARCELONA

Precios de suscripción

España y Portugal.—Seis meses. 4 pesetas. ♦ Extranjero. . . .—Seis meses. 6 pesetas.
Id. id. —Un año. . 7 id. ♦ Id. . . .—Un año. . 11 id.

LA VIDA GALANTE publicará 12 páginas de texto con fotografías relativos á los artículos, cuentos, poesías, actualidades, crónicas extranjeras, teatros, etc., etc.

Redactada por distinguidos literatos. Ilustrada por reputados artistas.

ADMINISTRADOR: RAMÓN S. LÓPEZ

Pidase en todos los cafes, fondas, restaurants y colmados, el

ANÍS DEL MOÑO

el mejor de los licores.

CHAMPAGNE CODORNIU

De venta en todos los colmados, fondas, cafés y restaurants de España.